Don Celso salió, y yo quedé como anonadada.

. . . . . .

Al día siguiente, cuando llamaron para el almuerzo, don Celso subió radiante de alegría; yo, pálida y demudada, no me atreví á alzar los ojos para mirarle.

Las cartas no fueron á su destino.

La víbora había mordido por segunda vez el seno de su bienhechor.

XIII

Hasta el abismo

Don Celso siguió abusando de la posición en que me había colocado la desgracia, y pronto conocí que iba á ser madre.

Era un nuevo eslabón de la infernal cadena que me unía con aquel hombre.

La ausencia de mi marido se prolongaba: hacía seis meses que había salido de México, y yo no sabía qué hacer: apenas podía ya ocultar mi estado, y no tenía con quién comunicarme sino con don Celso.

A mi madre jamás le habría dicho nada: su pasión por aquel hombre era cada día más vehemente, y conocí que había llegado á tener celos de mí, pero celos horribles, celos de madre á hija en una pasión tan criminal.

Llegó por fin una carta de mi marido, en que me anunciaba que llegaría al día siguiente.

Mandé llamar á don Celso que estaba en el almacén.

— Mire usted, le dije.

— Tu marido viene mañana, me contestó: ya lo sabía: me lo escribe á mí también: ¿y qué?

— ¡Cómo! ¿y qué? ¿Pues qué hacemos? ¿usted no ve el estado en que estoy?

— Ya lo veo, y no sé cómo vas á componerte con él.

— ¿Cómo voy á componerme? ¡Es decir que usted me abandona! ¡Qué! ¿no comprende usted que está tan expuesto como yo, ó más?

— ¿Yo expuesto, hija mía? Te engañas: si no hay otro remedio, mañana tomaré la diligencia de Veracruz, y cuando él llegue aquí, estaré en Puebla: la caja de tu marido me ha provisto de recursos suficientes.

Si yo no hubiera estado tan preocupada con mi situación, estas palabras me habrían horrorizado; eran el colmo del cinismo.

— ¿Pero usted, después de haberme hundido en el abismo, me abandona?

— No, si quieres seguir un plan que te propondré...

— ¿Cuál, cuál?

— Esperaremos á tu marido.

— Pero ¿y no conocerá mi estado?

— No: te finges enferma, guardas cama uno ó dos días, y al tercero te sales una noche con mucha precaución: hoy mismo te llevaré á enseñar una casita que he tomado para este caso, en la plazuela de Loreto.

— ¿Pero cómo? ¡abandonar á mis hijos... á mi marido... dar ese escándalo!

— ¿Tus hijos? Nadie se opone á que los lleves... Por lo demás, si á ti se te ocurre otro medio, dímelo, te ayudaré.

— ¡Oh, ninguno! ¡Dios mío, ninguno!... ¡estoy perdida!

— Porque matar á Mondragón...

— ¡Matarle!... dije espantada.

— No matarle verdaderamente, pero que muera pronto. Ya sabes que hay muchos medios: tendría siempre el inconveniente de ese niño que va á nacer pronto, y que atraería sobre ti las sospechas...

— No, no, no: primero huiré, seguiré á usted...

— Entonces es cosa convenida: ponte un abrigo, y vamos á ver la casita.

Me puse un abrigo, me cubrí el rostro con un velo, y salí con don Celso.

En la retirada y casi desierta plazuela de Loreto había tomado don Celso una casita sola: estaba amueblada pobremente, y una vieja servía de portera.

— Aquí, me dijo, no tendrás lujo, ni coche, ni nada de eso; pero podrás estar tranquila y cuidar de *nuestro hijo*.

Esta palabra me causó escalofríos.

Volvimos á mi casa, escribí á mi marido que estaba enferma y me metí en la cama.

Al otro día llegó Mondragón.

Me halló en un estado tal de postración, que quiso hacer venir un médico: yo lo impedí, asegurándole que estaba mejor, y que muy pronto me vería buena. Sus cuidados, sus atenciones, su pena, me hacían sufrir horriblemente.

Pasaron así tres días, y comencé á restablecerme aparentemente.

Don Celso entró á verme una tarde, y me dijo:

—Esta noche hay un gran concierto en el teatro: tu marido gusta mucho de la música; oblígale á que vaya, y aprovecharemos su ausencia: es la ocasión...

—Mondragón, dije á mi marido, que llegó á poco rato, dicen que esta noche hay un concierto en el teatro.

—Sí, y es una lástima, mi vida, que no puedas ir; dicen que estará soberbio.

—Pero tú irás, ¿es verdad?

—¿Cómo había de ir sin ti? Estando tú enferma...

—¿Por qué no? ¿Crees que soy egoísta? No; vé, hijo, vé; trabajas mucho, y es fuerza que te diviertas.

—No, Matilde, no podría dejarte.

—Pues yo estaría mortificada de que te privaras por mi causa de una diversión que tanto te gusta. Anda, y me contarás todo lo que veas; y para mí será tanto placer oirlo de tu boca, como si lo hubiera presenciado.

—Ya que tanto te empeñas, iré por darte gusto, y para contarte después.

—Pero pones mucho cuidado de quiénes están, cómo van vestidas las señoras; en fin, de todo; ya sabes cómo somos las mujeres para que nos cuenten.

Mondragón me besó la frente, y se fué á vestir.

Yo caí en mi almohada, sofocando mis sollozos.

A las ocho y cuarto de la noche salió mi marido, y yo escuché el ruido del coche hasta que se perdió á lo lejos.

Una hora después llamaron á mi puerta: era don Celso. Había llegado el momento supremo.

Me vestí precipitadamente, y me puse un abrigo obscuro.

Don Celso me miraba con una risa satánica.

Dormían mis hijos: el mayor tenía cerca de tres años y la niña dos.

Los envolví en unos mantos.

—¿También esos van? me dijo don Celso.

Volví el rostro furiosa.

—También, contesté.

—Que vayan.

Cargué á la niña; y al ir á tomar al otro, don Celso me detuvo.

—Llevaré á éste; y le levantó.

Salimos al corredor: el corazón me latía con una violencia espantosa. Nadie nos vió; don Celso me llevó por

el almacén, y salimos á la calle. El viento frío de la noche azotó mi frente; sentí que iba á desmayarme, y vacilé.

— Cuidado con la niña, me dijo don Celso.

Estreché á mi hija contra mi corazón, y recobré el ánimo.

A corta distancia encontramos un coche con los faroles apagados: don Celso abrió la portezuela: la vieja de la plazuela nos esperaba dentro.

— Tenga usted á ese niño, la dijo.

La vieja, sin hablar, recibió á mi hijo.

— Ahora entra tú, agregó ofreciéndome la mano.

A pesar de lo terrible de aquel lance, sentí subírseme la sangre al rostro, de vergüenza: era la primera vez que

don Celso me hablaba con tanta familiaridad delante de personas extrañas. El último paso que me separaba del abismo, estaba salvado.

Don Celso cerró la portezuela, y dijo al cochero:

— Plazuela de Loreto; ya sabes.

El coche echó á andar, y yo sentí que rompía para siempre todos los lazos que me unían á la sociedad.

Llegamos á la casa, abrió la vieja, se despidió al cochero, y entré en mi nueva habitación.

Una cama estaba destinada en un cuarto para mis hijos. Los acostamos. Aquellos angelitos no habían despertado; no sabían ni podían comprender el abismo á que los había arrojado su misma madre.

Yo me retiré á la recámara que me indicó la vieja; me arrojé en la cama, pero ya no contuve mi llanto, ni mis sollozos; nadie podía oirme; era quizá el único consuelo que me quedaba.

Lloré, grité como una loca, como una mujer desesperada: la vieja, respetando mi dolor, se retiró á descansar, y yo, sin dormir un solo instante, vi despuntar la luz entre las puertas de un balcón.